



EL TEATRO TAMBIÉN SE LEE

PALABRAS, PALABRAS, PALABRAS.

Sólo en los textos teatrales las palabras adquieren el valor que merecen. En ellos se sienten cómodas, y confiadas, se desnudan de estilo, de retóricas y poéticas, y recuperan su naturaleza sustantiva, su momento esencial, de célula básica. Alejadas de complejas construcciones gramaticales, nunca más subordinadas, las palabras se agrupan aquí en pequeños comandos de cuatro o de cinco vocablos, no más. Y organizadas en frases cortas, pero hermosas, recuperan para las obras la funcionalidad de su esencia.

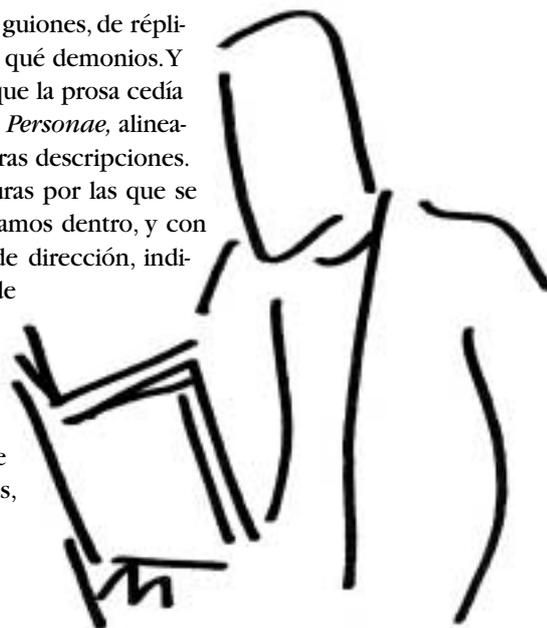
He dicho obras. Obras teatrales. Obras escritas. Con sus zanjas narrativas, con sus grúas y sus andamiajes de ficción, por los que trepan los personajes para crecer y hacerse grandes, como buenos personajes que son.

Tienen las obras valor de instrumento, de obra incompleta, en potencia. De trampolín al que un día se subirá un director, y un productor, y unos actores, y saltarán al vacío para nosotros, haciendo en el aire preciosas, complejas piruetas con las que asombrarán a su público. Es un poco como los guiones, que no están acabados hasta que no llega uno y los rueda. Me gusta de ellos esa condición de transitoriedad, de herramienta, de trabajo al servicio de otro trabajo, de trabajo hecho a medias. Las cosas a medias tienen algo hermoso. Les falta la obviedad de lo concluído, que a veces resulta grosera. Y lo bueno es que cada uno las completa como quiere. La Sagrada Familia, por ejemplo. Siempre he sido partidario de que se quede como está.

De las obras, decía, adoro el diálogo. La sucesión de pequeños guiones, de réplicas, de contrarréplicas. Me pasa también en el cine. Y en la vida, qué demonios. Y me pasaba ya de pequeño, en aquellos libros infantiles en los que la prosa cedía su espacio a lo que los personajes decían. Adoro el *Dramatis Personae*, alineación titular del equipo de la ficción, con sus breves y certeras descripciones.

Y adoro también las acotaciones, pequeñas licencias, fisuras por las que se cuela en el texto el director que todos los autores llevamos dentro, y con prudencia, con mucha prudencia, asume funciones de dirección, indicando una actitud, un tono. Dirección discreta, desde luego. Dirección entre paréntesis, en cursiva, dirección hecha con la boca pequeña.

Es el texto, la obra, el momento en el que aún todo es posible, en el que los personajes aún no tienen cara, catálogo maravilloso de miradas, conflictos, ficciones... palabras, palabras, palabras.



Fernando León de Aranoa